

HARO TEGLEN

DESDE NUEVA YORK

FIN DE UNA JORNADA EN EL VIETNAM

Tenía el rostro deshecho. Estos últimos años de su vida política han sido graves para Lyndon B. Johnson. Estos últimos días, en que trata de cambiar el pasado, de hacer olvidar lo que ha sido su presidencia, en que intenta salvar su biografía y su partido, son demolidores. No sé aún si habrá conseguido salvar su partido. Cuando estas líneas se publiquen, ustedes ya lo sabrán; mientras las escribo no se ha terminado aún de votar en este país. En cuanto a su biografía, ya está escrita, y es negativa. Su último intento será la autobiografía, que comenzará a escribir cuando, en enero, el otro ocupe su puesto en la Casa Blanca. Se dice que valen un millón de dólares, y, sin embargo, no encuentran fácilmente comprador. Un editor: «No serán buen negocio. La gente que lee libros no es la gente a quien interesa Johnson, y viceversa». Este país es cruel cuando median los dólares.

Tenía el rostro deshecho cuando anunció que terminaban los bombardeos sobre el Vietnam. Estos eran los bombardeos que debían terminar la guerra. La guerra, en cambio, ha terminado con los bombardeos. Se dice aquí que, desde que comenzaron, han costado la vida de 450 pilotos y la pérdida de 914 aviones. Las cifras que da el Vietnam del Norte son mucho más altas. La baza perdida estaba cantada. Se había dicho, ya hace tiempo, que los bombardeos eran inútiles, que no servían para nada, que la guerra iba por otro camino. La ofensiva del Tet —el Año Nuevo lunar—, el increíble asalto a 35 centros vitales del sur del Vietnam, la ocupación de la Embajada americana en Saigón aclararon ya que los bombardeos eran peor que inútiles. Fue esa ofensiva y el trágico sentido práctico de los americanos lo que indujo a Johnson a anunciar, el 31 de marzo, que se retiraba, lo que le llevó a las negociaciones de paz en París y, finalmente, a esta mayor retirada que abre, dice Johnson, la posibilidad de la paz.

La quiere hacer él. Está claro, en su mensaje, que la quiere hacer él. Se lo ha dicho claramente a los tres candidatos a su puesto, dirigiéndose a uno de entre ellos, desconocido aún en ese momento, el que ha de ocupar su puesto en enero. De aquí a enero quedan dos meses, casi tres; esos meses son suyos, son de Johnson. «En esta hora crítica, no podemos, sencillamente, utilizar más de una voz que hable por nuestra nación en la busca de la paz». El hecho de que las conversaciones de paz, ya con representantes del Vietnam del Sur y del Frente Nacional de Liberación —distinguidos entre sí por leves matices diplomáticos—, se inicie el 6 de noviembre, o sea, al día siguiente de las elecciones, no tiene ningún significado especial. A no ser el respeto de los miércoles, como extraña costumbre. Se inició al mismo tiempo que las conversaciones de París: las dos delegaciones decidieron entrevistarse cada miércoles, y así continúan.

Pero no es fácil saber si de aquí al 20 de enero habrá paz en el Vietnam. Es muy posible que Johnson no consiga llevarse a su rancho de Tejas ese almohadón de paz para su cansada cabeza de retirado, es muy posible que no pueda terminar con esa página de oro sus memorias. Las conversaciones deben ser largas y complicadas. Los principios son fáciles. Las dos partes parecen hoy de acuerdo para que un alto el fuego sea decretado próximamente. Se sabe lo que es un alto el fuego: las dos partes se acusan mutuamente de romperlo, las escaramuzas continúan, pero, oficialmente, hay una tregua que permite el trabajo político y diplomático. Ese trabajo se ha de dirigir en un sentido: la retirada de las tropas norteamericanas y, simultáneamente, de las de la República Democrática del Vietnam, puesto que en esta ficción se entiende que los dos países intervienen en los asuntos del Vietnam del Sur. Esta retirada lleva implícita la formación de un gobierno considerado neutral, considerado independiente, que regule las diferentes fuerzas en presencia dentro del

El gobierno norteamericano ha comprendido que los bombardeos sobre Vietnam del Norte resultaban inútiles, totalmente ineficaces a efectos de detener la guerra en Vietnam.

Xuan Thuy levanta la copa de champán que significa el final de unas conversaciones —y de muchas muertes— y que abre una nueva etapa:

las negociaciones para restablecer la paz en Vietnam, que serán, sin duda, mucho más laboriosas.



Vietnam del Sur; este gobierno debe convocar unas elecciones libres y honestas, supervisadas por los organismos internacionales, y ceder limpiamente el paso a los poderes que esas elecciones determinan. Finalmente, unas nuevas elecciones determinarán la forma de reunificación del Vietnam del Norte y del Sur, con lo que se acabará la ficción, sea cual sea su resultado. Con ello habremos vuelto atrás unos años. Estas elecciones, cuyo futuro acaba de comenzar, si es que no hay acontecimientos que las impidan, son aquellas elecciones que debían haberse celebrado en mayo de 1956, según los acuerdos de Ginebra: aquellas que no se celebraron nunca. Fueron las elecciones que anuló brutalmente Diem, con la ayuda de los Estados Unidos, y fue esa anulación la que inició la guerra del Vietnam. Es terrible tener que volver atrás las páginas de la historia. Sobre todo, porque es un empeño irreal. Lo que ha pasado ha pasado para siempre. El impacto que estos doce años de esfuerzo gradual, desde el envío de técnicos, armas y dinero, hasta el compromiso sustancial de 500.000 combatientes, ha realizado en este país es de los que dejan una huella larga. Es una frustración de las que no se olvidan.

¿Sabía Johnson que el final era éste? Desde hace unos años lo sabía. No podía ser el único ciudadano del mundo que lo ignorase. ¿Por qué no ha tomado antes esta decisión tan tardía, tan —ahora— precipitada? Hubiera podido presentar otro aspecto de sí mismo, hubiera podido dar otra noción de su partido. No ha podido. No le han dejado. La idea de que los obstáculos vienen del exterior, de que Saigón y los otros aliados de los Estados Unidos le han cortado las alas de la paz es aberrante. Es una idea defensiva. No le han dejado las fabulosas fuerzas interiores de los Estados Unidos para quienes la guerra ha sido un negocio. Ha tenido que vencer oposiciones importantes. La insistencia con que ha reiterado en su mensaje que el General Abrams —comandante en jefe del Vietnam del Norte— ha aceptado la suspensión de los bombardeos no significa otra cosa que ésta: que las fuerzas que se oponían han cedido. ¿Todas? Es un enigma. Va a ser preciso ver lo que ocurra en los próximos días, en los que en este país puede ocurrir absolutamente todo —ya un cambio de presidente en lo que Johnson llama «esta hora crítica» es una gran conmoción—, para saber cuáles son las últimas implicaciones, no escritas, de esta aventura.

No puede decirse que la intensa emoción que ha despertado el mensaje de Johnson anunciando la suspensión de los bombardeos y lo que él cree que es el camino de la paz haya estado teñida de alegría en Nueva York. En primer lugar, una retirada —y el final de los bombardeos equivale a una retirada— no es motivo de alegría para el país que la inicia. El tono, el rostro y las palabras de Johnson no dejaban lugar a dudas sobre esto. En segundo lugar, la incertidumbre es grande. Poco importa lo que esté saliendo ahora de las urnas —en realidad, de los mandos electrónicos; las urnas de cristal son instrumentos de democracia en países de menor desarrollo, y que no faltan—, poco importa el nombre, poco importa quién sea «el otro»: los americanos están ahora aprendiendo a saber que le vida corre velozmente por un lado, la política, menos velozmente, por otro, y hay pocas posibilidades de que se encuentren. Esta noción de que el instrumento democrático se le ha ido de las manos y ya no le representa, y de que, aun cuando le representase —es decir, aun cuando sirviese para designar a un candidato real y deseado, que no hubiesen machacado las viejas maquinarias de los partidos, que no hubiese sido asesinado, o desprestigiado, o reducido al silencio—, no tendría, a su vez, el poder en las manos para determinar la marcha del mundo como fue, hace aún un puñado de años, el gran sueño de América...

He vivido otro principio de paz semejante a éste. El rostro de Johnson en la pantalla de la televisión era casi una imagen repetida del rostro del General De Gaulle cuando dio las primeras noticias de las posibilidades de paz en Argelia. Tampoco París, aquel día de septiembre de 1959, estaba satisfecho. Se le iba a acabar una guerra que no deseaba, a costa de una derrota que tampoco deseaba. La contradicción de aquellos dos deseos produjo un principio de guerra civil en Francia —los coroneles de Argel, las sublevaciones de la OAS— que pudo haber acabado muy bien con la república, aunque en cierta forma acabó con la democracia. No es preciso apurar el paralelo de la situación hasta imaginar un caso parecido para los Estados Unidos. Como en París entonces, en Nueva York hoy hay una sensación parecida a la de quien ha pasado una jornada dura e infructuosa y se tiende a repasar: el bienestar del reposo no supera a la amargura de la gran jornada perdida. Y prevalece la sensación de angustia de no saber cómo será la luz del día siguiente. ■ E. H. T. (Nueva York, martes 5 de noviembre.)



La señora Nguyen Thi Bin, miembro del Comité Central del Frente de Liberación de Vietnam del Sur, a su llegada a París, donde presidirá la delegación del F.N.L. en las conversaciones que allí se celebran. Declaró a la prensa: «El pueblo vietnamita luchará hasta el final si los norteamericanos no renuncian a sus objetivos y propósitos».

VIIETNAM Cuatro años de bombardeos

... A la luz de todos estos hechos he ordenado que todos los bombardeos de la aviación, de la marina y de la artillería sobre Vietnam del Norte cesen a partir de las ocho horas, hora de Washington, el viernes por la mañana. Con esta frase del Presidente Johnson, dicha ante las cámaras de televisión, en una alocución inesperada a todo el país, se cerraba un ciclo de la guerra de Vietnam y se abría el camino para que las «conversaciones» de París se transformen en auténticas «negociaciones». La suspensión de los bombardeos ha sido «incondicional», punto en el que se ha mostrado inflexible el gobierno de Hanoi, pues a sus ojos esta incondicionalidad es la que marca la frontera entre agresor y agredido.

La decisión del Presidente Johnson pone fin a casi cuatro años de bombardeos sobre Vietnam del Norte. El primer «raid» tuvo lugar el 5 de agosto de 1964; el pretexto fue un confuso incidente entre buques norteamericanos y norvietnamitas en el golfo de Tonkín. Los bombardeos diarios y devastadores no comenzarían hasta el 7 de febrero del siguiente año, pero el principio de la «escalada» estaba ya adquirido. A fines de 1964 había en Vietnam del Sur algo más de veintitrés mil soldados norteamericanos. Cuatro años después pasan del medio millón: exactamente, 540.000 hombres.

Desde el 7 de febrero de 1965 hasta el 1 de noviembre de 1968, la aviación norteamericana ha lanzado sobre Vietnam del Norte más bombas que las que lanzó durante la segunda guerra mundial. Más de medio millón de toneladas de bombas sobre un pequeño país de 165.000 kilómetros cuadrados

(algo así como un tercio de España) y diecisiete millones de habitantes. A partir de febrero de 1965, los «raids» han ido aumentando: 24.750 salidas en aquel año; en 1967, 37.512...

En marzo del presente año, el Presidente Johnson dio la orden de limitar los bombardeos a la zona Sur de Vietnam del Norte, la comprendida entre el 17 y el 19 paralelo, lo que permitió el comienzo de las «conversaciones» de París acerca de las modalidades para llegar a una suspensión total de los bombardeos «y todo otro acto de guerra» contra el territorio de la República Democrática de Vietnam. En todo este tiempo, esa zona del Vietnam del Norte, que equivale a la cuarta parte de todo el territorio de la R. D. V. N., ha sufrido un promedio de 215 «raids» aéreos diarios, sin contar la acción de la artillería situada al Sur de la zona desmilitarizada, ni la actuación del acorazado «New Jersey».

Más de tres años de bombardeos no han logrado quebrantar la voluntad de resistencia de Vietnam del Norte y han demostrado, por el contrario, lo poco fundado de la estrategia norteamericana, que, ignorando la guerra civil en el Sur y la existencia autónoma del Frente Nacional de Liberación, ha querido ver la guerra vietnamita como el simple producto de una «agresión» de Vietnam del Norte a Vietnam del Sur. La reciente decisión de Johnson reconoce implícitamente la falsedad de esta tesis y el fracaso de la «escalada».

«Washington pensaba que, bajo este terrorífico castigo, Hanoi se resquebrajaría —ha escrito el periodista de «Le Monde» Jacques Decrotoy—; Hanoi se ha reforzado. Luego, los dirigentes nor-